

Globalización: aún
falta lo peor
Le Nouvel Ordre
Epidémio de la actual
Patrick Deleves
Marie-Paule Wierard.

Introducción

El peligroso giro de "la segunda globalización"

"Nunca antes los hombres tuvieron tantos motivos para no matarse unos a otros. Nunca antes tuvieron tantos motivos para sentirse asociados en una sola y misma empresa. No infiero de ello que la era de la historia universal será pacífica. Ya lo sabemos, el hombre es un ser racional, ¿pero los hombres, lo son?"

Raymond Aron, de una conferencia pronunciada en Londres en 1960

A comienzos de 2008, algunos acontecimientos aparentemente sin relación entre sí, arrojaron nueva luz sobre la mundialización. Desde Duala (Camerún) hasta Abidján (Costa de Marfil) y desde El Cairo (Egipto) hasta Dakar (Senegal), las manifestaciones callejeras sucedieron sin cesar las capitales africanas. Y dejaron muertos, como el 1º de abril en Abidján, mientras que cientos de manifestantes fueron encarcelados a raíz de esas protestas más o menos pacíficas contra la "carestía de la vida", es decir, el explosivo aumento en los precios de los alimentos, a causa del alza general de las materias primas agrícolas. El presidente del Banco Mundial, Robert Zoellick, puede seguir abogando a favor de la urgente instauración de un *New Deal* alimentario, para evitar que los países más pobres resulten arrasados por los disturbios políticos y sociales. Sin embargo, los precios siguen subiendo. El trigo está en su nivel más alto desde 1980, al igual

que el maíz, el arroz, la soja, la colza o el aceite de palma, cuyas cotizaciones se duplicaron y hasta se triplicaron en dos años.

También en Asia y en Europa se produjeron varias huelgas en defensa del poder adquisitivo, como en una empresa vietnamita que fabrica el calzado Nike, o en la de Dacia (de la automotriz Renault) en Piestri (Rumania), cuyos obreros lanzaron una huelga muy dura en marzo de 2008 para obtener un 50% de aumento en sus salarios. Por otra parte, en Liubliana, Eslovenia, dirigentes sindicados de toda Europa desfilaron el 5 de abril, invitados por la Confederación Europea de Sindicatos, a raíz del sufrimiento económico y social de los trabajadores pobres (*"Arm trotz Arbeit"*): "Con trabajo pero pobres", se podía leer en algunas pancartas). Mucho más al Este, en Pekín, como en toda China, la contaminación causaba estragos y amenazaba con cubrir todos los Juegos Olímpicos de un manto sucio y pegajoso. En París, el Presidente de la República Francesa, Nicolas Sarkozy, se aprestaba para asumir la presidencia de una Europa a la que cada vez le cuesta más inventarse un futuro común, mientras que en Nueva York, Londres, Tokio y París, apenas pasado el pico de la crisis financiera, con su cohorte de víctimas expiatorias, una nueva "burbuja" (a) accionaria" ya comienza a inflarse como una rana, que quiere hacerse más grande aún que la burbuja inmobiliaria...

El fin de "la mundialización feliz"

Una serie de señales diferentes, pero que reflejan una misma realidad: la globalización toma un nuevo rumbo. Y lo que nos promete no se parece en nada a un lecho de rosas. Sin dudas, el director general del Banco de Pagos Internacionales nunca debería haber hablado de una "edad de oro", en una comunicación de visperas del verano boreal de 2007... Pues es harto sabido: los grandes organismos internacionales fueron siempre los más eficaces para

4. La definición de las palabras señaladas con un asterisco puede consultarse en el Glosario, páginas 137-143. El tema que investigaremos en este libro nos exige utilizar ciertos términos económicos, entre ellos los del universo de las finanzas globalizadas.

anunciar el tiempo que hizo ayer. Pocas semanas después empezaba la llamada crisis de los *subprimes**... Luego de un lustro de prosperidad, como no se vivía desde 1945, un comercio internacional exuberante y una inflación contenida, todo ello dinamizado por mercados financieros creativos y libres como nunca antes, el mundo entraría en una de esas crisis que, símbolo de la época, nacería del corazón mismo del capitalismo, poniendo así de manifiesto una herida que ya estaba a punto de abrirse: la globalización, lejos de ser la amalgama de las economías y los pueblos, se convirtió en una formidable máquina de generar desigualdades, que atiza el fuego de todo tipo de desórdenes financieros, económicos, sociales y ambientales.

Efectivamente, basta con hacer cada día —siguiendo la actualidad— un inventario más o menos exhaustivo de la globalización: desigualdades* que desestabilizan a los "viejos" países industriales, profundización de las desigualdades respecto del empleo y del poder adquisitivo, descontrol de todo tipo en las finanzas y enriquecimientos indecentes, despilfarro de materias primas y ultrajes repetidos al medio ambiente. ¿Cómo puede sorprender entonces que las encuestas de opinión sobre la globalización, en todo el mundo, sean las más pesimistas de los últimos veinte años? En Estados Unidos, por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, ninguno de los dos partidos posee [a principios de 2008] un candidato presidencial que se declare favorable a una mayor libertad de comercio y de intercambio. Del otro lado del Pacífico, mientras tanto, la desmesura del desarrollo chino pone en duda el optimismo de quienes soñaban que el Imperio del Medio tendría un destino a la occidental, en el cual la liberalización política brotaría naturalmente del despegue económico. En visperas de los Juegos Olímpicos, y en plena rebelión tibetana, no se podía ignorar que la crispación china era palpable.

Al parecer, "la mundialización feliz", tan cara a nuestras mentes más brillantes, se aleja cada vez más. Asimismo, en muchas partes del mundo, numerosos protagonistas e intelectuales —incluso aquellos que hasta ahora se habían mostrado más bien optimistas— tienen la impresión de que se produjo un giro. Así, Paul Krugman, autor en 1996 de *La*

mundialización no es culpable), admitió doce años más tarde haber subestimado el impacto que la misma tendría sobre las desigualdades: “Ya no está libre de riesgos, como lo estaba hace doce años, afirmar que los efectos del comercio sobre el reparto de los ingresos en los países ricos son relativamente menores. Actualmente podemos afirmar que son más bien importantes y no hacen más que aumentar”. Sin embargo, Krugman dice no abogar por ninguna forma de proteccionismo, pero desea aliviar su “conciencia de progresista” (3) insistiendo en que “los promotores del libre cambio deben responder de manera más pertinente a las inquietudes de quienes sufren la mundialización”.

De la misma forma, nuestra intención no consiste de ninguna manera en cuestionar la globalización, ni en abogar por una improbable vuelta atrás. Los intercambios favorecen el crecimiento. El nivel de vida global aumentó con la apertura de los intercambios internacionales. Al limitar durante años el descontrol de los precios mundiales, la globalización permitió que las tasas de interés se mantengan bajas, y facilitó una política monetaria* estimulante para el crecimiento. Los sustanciales aumentos de productividad* alcanzados en los países emergentes, junto a la progresiva convergencia del nivel tecnológico de los mismos con el de los países avanzados, y las migraciones internas del campo hacia las ciudades, aceleraron la creación de riquezas. La abundancia del ahorro mundial también contribuyó al bajo nivel de las tasas de interés y permitió la acumulación de capital. Por último, el aumento de la oferta de trabajo mundial disponible, a bajo costo, tuvo el efecto de un enorme *shock* de oferta positivo. Sobre todo hay que contabilizar—seguramente en torno de los mil millones—la cantidad de personas que salieron de la pobreza desde fines de la década de 1990 (más de 400 millones solo en el caso de China y de India).

Este libro pretende más bien encender una señal de alarma. Pues si la globalización entra en una nueva era, caracterizada por la inestabi-

2 Traducción francesa: Paul Krugman, *La mondialization n'est pas coupable. Verus et limites du libre échange*, La Découverte, Paris, 1998.

3 Título de su último libro (Paul Krugman, *The Conscience of a Liberal*, Norton, Nueva York, 2007) y también del blog que tiene en el sitio internet de *The New York Times*.

lidad, por desórdenes y temores de todo tipo, es efectivamente porque quedó librada a sí misma, y porque hasta ahora las elites políticas y económicas prefirieron ignorar las nuevas responsabilidades que esta globalización les genera y les exige que asuman. La crisis del mercado *subprime* estadounidense, desatada en plena tregua estival de 2007, mostró, por ejemplo, la extrema fragilidad del sistema financiero mundial, ampliamente vinculada a la irresponsabilidad de sus protagonistas. A partir de un caso modesto (a escala mundial) de crédito inmobiliario en Estados Unidos que en principio debía manifestarse—en el peor de los casos—por una pérdida de unos 200.000 millones de dólares (finalmente se asistirá a la destrucción masiva de unos 14 billones de dólares de patrimonio), se ha llegado a una crisis financiera como no se ha visto en mucho tiempo, que se precipitó sobre la economía mundial, mientras que los bancos centrales seguían apagando el incendio, tratando de detener lo antes posible el engranaje del contagio y la desconfianza. Pero esta crisis, minúscula manifestación de la locura de un mundo donde circulan ríos de dinero, sin dudas es apenas la primera débil señal, anunciadora de enormes cambios en todos los órdenes. Pues hemos ingresado en un mundo donde las antiguas jerarquías son cuestionadas de manera decisiva: un mundo donde la globalización descontrolada es el agente de esos cambios inmensos.

Fuerzas centrífugas descontroladas

La globalización señala, en efecto, el fin del monopolio que Occidente ejerce desde el siglo XVII sobre la historia del mundo, ya sea en términos políticos (la democracia), económicos (el mercado), científicos (las tecnologías) o intelectuales (la modernidad). Desde la caída del Muro de Berlín (1989), sabemos que el mundo no volverá a un sistema “unipolar”, en el que la hegemonía occidental sea una verdad evidente, aceptada por el resto del planeta, sino que el nuevo siglo será el de “la potencia relativa”, como dijera el político francés Pierre Hassner, expresión que él aplica al campo político, pero que tiene sentido también en el plano económico. Por otra parte, en la actualidad, y por primera vez en muchos siglos, el Sur representa la mitad de la producción

mundial. China, India y Rusia generan actualmente la mayor parte del crecimiento mundial. Y según afirma el economista estadounidense Angus Maddison, en 2025 los países emergentes deberán representar cerca del 65% del PBI* mundial¹⁴. Con una cifra de 3,1 billones de dólares a fines de 2007, el PBI de China superó al de Alemania, colocándose en el tercer lugar, sólo por detrás de Estados Unidos y Japón.

Se trata de una inédita transformación en "la jerarquía de los lugares", que encierra en potencia toda una serie de cambios, de frustraciones y de miedos. De allí la intuición de que los dos peligros que nos amenazan —la tiranía y la anarquía— podrían igualmente desbordar la esfera geopolítica y contaminar el mundo económico y financiero. Pues la globalización desató fuerzas que pronto se mostraron indomables por no estar reguladas de manera cooperativa, fuerzas que, muy por el contrario, se han transformado en el terreno de todos los egotismos. En realidad, el siglo XXI nació al pie del derribado Muro de Berlín con una década de adelanto, pero ese apuro fue para que nos preparásemos mejor a la idea de que será el siglo de todos los excesos, y también de todas las locuras. Veinte años (o casi) después de noviembre de 1989, vemos hasta qué punto todo descartilla. Como si perdiéramos colectivamente el control.

La globalización inició o contribuyó a alinear varias tendencias que no son sostenibles en el largo plazo. Veamos esas tendencias. En primer lugar, la apertura de los intercambios entre países avanzados y países emergentes generó una transferencia de actividades de los primeros hacia los segundos. La irrupción de los grandes países emergentes, en particular India y China, como protagonistas mayores en el concierto económico mundial, implicó un nuevo reparto de roles y una inédita modificación en la geografía de las actividades productivas y del empleo en todo el mundo. Los países occidentales, que el siglo XX había acostumbrado a ser los ricos de la economía mundial, se ven particularmente sacudidos por una evolución que en todos lados pone las economías y las sociedades bajo tensión, y da

4 Angus Maddison, *L'économie mondiale, une perspective millénaire*, OCDE, Paris, 2002.

como resultado, incluso en los países del Norte, una profundización de las desigualdades entre ganadores y perdedores de la globalización. Luego, el rápido crecimiento de los países emergentes provocó ciertamente una aceleración del crecimiento mundial, pero también una increíble aceleración paralela de los precios de las materias primas, e innumerables daños en el medio ambiente (particularmente, los gases de efecto invernadero). Desde ese punto de vista, en particular la irrupción de China como actor mayor del crecimiento mundial, constituye un acontecimiento sin precedentes. Por último, a través del formidable aumento de la liquidez mundial*, la globalización pone en evidencia la dimensión de los desequilibrios y de los desórdenes financieros de toda índole (asignación ineficaz del ahorro mundial, política de crédito irresponsable por parte de los bancos, desregulación de la actividad financiera, etc.).

Ahora bien, todo tiene su lógica. Dado que la transferencia de capacidades y el desplazamiento del centro de gravedad del mundo industrial debilitan el crecimiento en los grandes países de la OCDE y genera en ellos déficits externos, la liquidez mundial creció rápidamente (ocultando la miseria) y llevó al mundo de las finanzas a las locuras que sabemos. En realidad, la globalización es una enorme máquina que toma los ingresos de unos y los redistribuye a los otros, lo que tiene consecuencias sobre los modelos económicos, los niveles de vida y las desigualdades, pero también sobre el medio ambiente, el sistema monetario internacional y —finalmente— sobre la democracia. Esas fuerzas centrífugas están íntimamente ligadas entre sí. Y rápidamente habrán de mostrarse indomables.

Hay que actuar ya

En las próximas páginas de este libro nos proponemos analizar las piezas de este engranaje a través de cinco capítulos, cinco temas que están íntimamente vinculados.

La globalización es a la vez una máquina de generar desigualdades que desintegran el tejido social y añazan las tentaciones proteccionistas; una olla hirviente que evapora los recursos más preciados, fomenta las

políticas de acaparamiento y acelera el calentamiento planetario; una suerte de casino dispuesto a fabricar riesgo financiero e irresponsabilidad bancaria, un motor a impulsión para el sistema monetario internacional y una centrifugadora que puede hacer estallar Europa.

¿Qué ocurrirá si nos quedamos con los brazos cruzados? ¿Qué pasará si los protagonistas no toman conciencia de la urgencia de desarmar los conflictos de todo tipo que están brotando en la evolución espontánea del mundo? ¿Qué ocurrirá, no en veinte años, sino en cinco, si las desigualdades continúan profundizándose, la liquidez mundial creciendo al galope, el consumo de materias primas aumentando vertiginosamente; si la carrera por el rendimiento prosigue; si siguen formándose burbujas; si la Unión Europea no supera sus divergencias?

Nuestra convicción es que la época de bonanza ya pasó, con la baja de las tasas de interés y —de cierta manera— la baja de los precios para el consumidor occidental; que una nueva era de la globalización ha comenzado, y que nada sería peor que escappar apretando el acelerador, con egocentrismo y con individualismo. De allí la urgencia y la necesidad de reaccionar y de actuar de manera colectiva. Pues el petróleo, las materias primas alimentarias, los metales preciosos y no-preciosos, el agua, el aire que cada uno de nosotros respira, pero igualmente la liquidez mundial y la justicia social constituyen actualmente bienes públicos mundiales. En el mundo que viene ya no habrá soluciones nacionales, ni siquiera regionales. El hecho de que el obrero chino de Shenzhen o de Taiwán no cuente con ninguna protección social tiene un impacto sobre el empleo de los obreros de Gandange, o sobre el nivel de vida de los asalariados de Ford o de Mifko. La globalización obliga a los participantes en la economía-mundo a cooperar y a ponerse de acuerdo sobre reglas comunes, si quieren evitar lo peor: el aumento del egoísmo en procura del acceso a la energía, del control de las tecnologías o de las materias primas. Es decir, el enfrentamiento de los capitalismo, y el desarrollo de formas de capitalismo descentradas de la democracia, con un telón de fondo de instituciones internacionales que no funcionan.

¿Cómo ser optimista cuando se observa la impotencia de los Estados-nación, y hasta de los conjuntos regionales, como Europa, o la inadecuación de las grandes organizaciones internacionales? Sin dudas, las autoridades de regulación (principalmente la Reserva Federal estadounidense, la FED, que es el banco central de ese país) hicieron todo lo posible para que la crisis de *subprimes* pueda ser superada, y que se evite la crisis del sistema financiero internacional. Pero esa crisis no era más que el signo anunciador de lo que nos reserva el futuro si persistimos colectivamente en el camino actual. Ahora bien, desde que se desató esa nueva alerta —de una gravedad inédita, pues por primera vez partió del corazón del sistema— vemos que persisten las mismas respuestas erráticas que sirvieron de detonador de la crisis de 2007-2008. Ya se repite la tendencia a escappar acelerando, atizada por la carrera hacia un mayor rendimiento, a la vez que se formó una nueva burbuja sobre las materias primas, expresión de la estupididad de una especulación que no duda en enriquecerse en base al precio del arroz, y a costa de arruinar a los más pobres. Mientras tanto, las autoridades monetarias parecen resignarse a regular los ciclos económicos a través de la liquidez, es decir, por las burbujas, sea cual sea el precio que deban pagar los participantes de la economía real. El banco central estadounidense salva los bancos, pero no le importa inundar al mundo de liquidez. El derroche de recursos preciosos continúa como si nada, aguijoneado por las exigencias de un crecimiento cada vez más insostenible. Los capitalismo se enfrentan en una batalla de "valores" que aún no muestra sus cartas claramente. Lo que evidencia hasta qué punto estamos lejos de haber ganado el combate por un mundo global estable, pacífico y democrático.

Hay que repetirlo una vez más: no se trata aquí de endosar y de argumentar un alegato anti-globalización, sino de mostrar que la globalización actual nos lleva directamente a la catástrofe si, en nombre de la eficacia, finalmente se sacrifica la equidad, debido a que nuestros dirigentes políticos y económicos renuncian a darse los medios de asumir sus responsabilidades y regular el sistema de manera colectiva.

"El hombre es un ser racional, ¿pero los hombres, lo son?": el sagaz interrogante de Raymond Aron tiene plena vigencia.